

APUNTES

— 8. —

1.º de Octubre de 1932

—
Director:
Elias Jiménez Rojas



San José de Costa Rica - Apartado 230

* Paralelamente a su progreso, en todas las ramas de la ciencia se han inducido algunos principios generales. Algunas de estas ideas de orden filosófico son comunes a todas las ciencias, y llegan a tener así un valor universal. La ley de causalidad o determinismo es una de estas ideas. No es ella, pues, innata, ni antecede a la experiencia, sino que es su resultado más inmediato. Una vez comprobada su veracidad indiscutible ininidad de veces, ha sucedido con este principio lo que con tantos otros, que jamás han sido contradichos en la realidad; el determinismo ha servido a su vez de base y de principio director para todo lo que se construye en lo sucesivo. Hoy el determinismo ha llegado a ser un método y un axioma de las ciencias y de la filosofía. Es un axioma porque nada hay en la naturaleza fuera de él, y es un método porque nos enseña que para alcanzar la verdad, es necesario remontarse siempre más y más en busca de las causas.

Gregorio Bermann.

APUNTES

S.

1.º de Octubre de 1932

Del libro "Las ideas políticas contemporáneas"

por Hermann Heller

La Sociedad, el Estado y la Economía se desarrollan lozanas por el libre juego de las fuerzas individuales que se determinan racionalmente a sí mismas, y que pueden y deben educarse para este fin. Sólo la actividad individual es capaz de lograr el progreso moral, político y económico, pues al perseguir el individuo su interés y fin propio, sirve mejor al fin de la comunidad.

El núcleo de ideas liberales ha implantado, por sus reivindicaciones de respeto a la libre actividad del individuo, un gran número de instituciones político-jurídicas y sociales, que sin duda alguna están tan arraigadas en el complejo de nuestra cultura, que sólo con ella podrán desaparecer. Aun una comunidad socialista habrá de edificarse sobre esas bases y reconocer los derechos humanos del individuo.

El respeto por la dignidad humana en general, constituye el fundamento ético de la idea liberal de totalidad. De aquí arranca la idea de la *tolerancia* nacional y religiosa, que en unión del espíritu liberal, completamente laico, reivindica la separación del Estado y de la Iglesia.

La tolerancia y la idea de totalidad llevan también el liberalismo a defender la ciudadanía universal y el *pacifismo*.

El liberalismo no somete la Economía a la reglamentación del Derecho y del Estado; la abandona a sus propias leyes naturales. La libertad de contratación, la libre competencia, la propiedad libre, la libertad absoluta en materia de derecho hereditario, han sido las reivindicaciones más importantes del liberalismo.

Para el liberal, la sociedad se presenta bajo el aspecto de una concepción mecánico-atomística de la Naturaleza. Los átomos sociales se unen sólo para el logro de fines racionales, conscientes y comunes; están rotas las antiguas relaciones sociales irracionales. Del libre juego de las fuerzas individuales, espera el liberal, como resultante, la eliminación de la violencia de la vida de los pueblos, un estado de paz y de derecho general y armónico.

Esta idea, bien explicada por Calvino, de que la satisfacción del egoísmo está contenida en el plan divino, de que el egoísmo es la «mano invisible» que a modo de Providencia mantiene el orden social, fue también un arma en la lucha contra el Estado gendarme, preocupado de la felicidad de sus súbditos, así como también contra el socialismo. La idea liberal defiende al Estado de Derecho, en el sentido de que el Estado ha de limitarse a mantener el Derecho. El Derecho mismo se origina por contratos libres entre los particulares. El Poder público no puede obligar a nadie a contratar, ni tampoco debe intervenir en el contenido de los contratos.

Los rayos cósmicos y las auroras polares

Según la teoría de Dauvillier, expuesta por J. Labadié
en «L'illustration» de 13 de Agosto

Este artículo modifica en mucho el que publicamos, del mismo género, en el cuaderno 3 de APUNTES, hace un año. Es también un artículo de vulgarización que no tiene de nuestra parte más originalidad que la que cabe en una interpretación libre y compendiada.

Los rayos cósmicos, bautizados así poco tiempo después de haber sido descubiertos, no merecen ya el nombre que llevan. Como vamos a explicarlo, son rayos terrestres producidos por una acción del sol en las capas atmosféricas más altas, a una distancia mayor de 6,000.000 de metros, ahí donde ya no existe el oxígeno.

La importancia del papel representado por estos rayos en nuestro mundo es verdaderamente colosal. La maravilla de los rayos X palideció cuando se descubrieron los rayos gamma del radio, mil veces más duros o penetrantes. Ahora pasa el radio a su turno a segunda fila ante estos rayos cósmicos, mil veces más duros que los gamma. Los rayos cósmicos nos bañan de día y de noche, aun a través de las paredes de las casas, las cuales, para no serles transparentes, tendrían que ser de plomo y de un espesor mayor de cinco metros. Su increíble dureza o poder de penetración es consecuencia de su longitud de onda, extremadamente corta. La meteorología, ciencia bastante paralizada hasta hoy, va a moverse gigantesca y también la biología. Entrevemos ya la clave de muchos hechos que hace apenas cinco años parecían inexplicables. La ionización de nuestros hu-

mores, primera condición de nuestra vitalidad actual, parece ser sin duda un efecto de los rayos cósmicos. La tensión de nuestra vida, individual y colectiva, depende, pues, de ellos. Hasta el mapa de las zonas humanas de mayor civilización va a poder ser descifrado en breve científicamente.

Se dice que una molécula se ioniza, cuando se divide en dos partes diversamente electrizadas. Se dice que un átomo se ioniza, cuando se rompe el equilibrio eléctrico de las partículas que lo componen. Este equilibrio se rompe cuando el átomo gana electrones (quedando ionizado negativamente) o cuando pierde electrones (quedando el átomo ionizado positivamente). Los electrones son los corpúsculos mínimos de electricidad negativa que hoy concibe el físico.

Los rayos cósmicos son producidos en la estratosfera, de un modo semejante al que da origen a los rayos X en un tubo de Crookes.

Un tubo de Crookes es un tubo de vidrio en el cual hay un gas muy enrarecido sometido a una tensión eléctrica. Del cátodo del tubo fluye un enjambre de electrones, cuya velocidad depende de la tensión aplicada al tubo. Al encontrar estos electrones las moléculas del gas enrarecido, las ionizan; pero apenas han pasado los electrones, se recombinan los iones, se rehacen las moléculas y aparece una luminiscencia característica del gas que llena el tubo. Si frente al cátodo de un tubo de Crookes se instala un obstáculo (llamado anti-cátodo), el choque de los electrones hace surgir de este anticátodo un haz de rayos X.

Y bien, sobre la fotosfera solar hay diseminados una multitud de puntos y de líneas de donde parten, de una manera variable, batallones de electrones ani-

mados de una velocidad casi igual a la de la luz, o sea una velocidad 10.000 veces más grande que la mayor lograda por los físicos en sus tubos de Crookes. Si tales batallones llegaran a nuestro suelo, la vida sería destruida y todo sería cambiado. Pero los electrones solares son desviados por el campo magnético del globo terrestre; sus trayectorias son moldeadas según las líneas de fuerza del gran imán terrestre. En su nuevo forzado camino, los electrones solares encuentran las moléculas de los gases de la alta atmósfera y producen dos fenómenos sumamente interesantes. Unos electrones chocan contra las moléculas de la alta atmósfera, como si éstas fueran anticátodos, y este choque da origen a los «rayos cósmicos» que descienden en todo momento y de todas las direcciones, aun del lado opuesto al sol. Otros electrones solares no chocan contra las moléculas atmosféricas; son simple y ligeramente desviados en su vertiginosa carrera, pero producen, por inducción eléctrica sobre dichas moléculas, una ionización atómica, arrancándoles electrones, y estos electrones, llamados electrones secundarios, libertados de sus prisiones atómicas, son aspirados por el campo magnético terrestre. El trayecto de estos electrones secundarios, terrestres, a través de nuestra atmósfera, va señalado por una luminiscencia tranquila, comparable a la de un tubo de Crookes, y llamada luz polar o «luz de la noche» (así decimos nosotros). La noche negra no existe. La luz de la noche se percibe en todas las latitudes; varía de minuto a minuto y aumenta de intensidad a medida que el observador avanza del Ecuador hacia los polos. Cuando el sol es teatro de efervescencias insólitas (o tempestades), que perturban hasta nuestras comunicaciones telegráficas y radiográficas, la afluencia

de los rayos cósmicos cambia de ritmo, digamos, y la caravana de los electrones secundarios se atiza, se aviva, y la luz polar pálida se transforma en espléndida «aurora» boreal o austral, según el hemisferio en que se observa.

e. j. r.

—•••—

LA MUJER-SOL

—Allá en las montañas del Cáucaso, cuna, en parte, de la raza blanca, hay una nueva Juana de Arco, una joven humilde campesina, a quien llaman LA MUJER-SOL, porque es el centro luminoso, el foco de entusiasmo de todo un pueblo.

Trasmitimos a nuestros lectores el siguiente corto diálogo entre un redactor de *Le Matin* y un georgiano reflexivo que acababa de recibir noticias de la mujer-sol:

—Ud. sabe, dice el pensativo georgiano, que mi país ha sido aplastado por los bolcheviques. Somos dos millones que resistimos desde hace once años el yugo que nos horroriza. Tiflis, nuestra capital, está en apariencia tranquila. Cuando un extranjero pasa, las autoridades rusas hacen lo mismo que hacen en todas partes: lo conducen donde les place, y nuestros ciudadanos, amedrentados por la policía implacable, callan. Para comprender la situación verdadera, habría que visitar a la mujer-sol.

—¿A la mujer-sol?

—El nombre se le ha dado según las costumbres de nuestro país. Es una joven de veintidós años, que desde hace un poco más de diez meses dirige la guerra de independencia. Cada día se muestra más

valiente. Cada vez más, es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Su acción se va extendiendo. Su propio padre lucha bajo sus órdenes. Ya ha limpiado de bolcheviques vastas regiones en nuestras montañas. Nuestros aldeanos han probado el comunismo y no quieren más. ¿Obedecer a Moscou? Mejor, morir. Los rusos, naturalmente, se han valido de sus habituales crueldades. En 1924, fusilaron en tres días ocho mil hombres!... Pero la mujer-sol se mantiene en las alturas.

Jamás, a menos de exterminación total, jamás se resignará nuestro viejo país al bolcheviquismo. Somos un pueblo antiguo, de civilización antigua. ¿Cómo hemos de aceptar el yugo de extranjeros que nos son inferiores desde antaño, y que si nos dominan es por la fuerza de sus masas brutales y primitivas?

Quien pretende hacer creer a otros en medios que él mismo desprecia, es un presuntuoso; quien hace uso de más medios de los que reconoce ser necesarios, es un charlatán; y quien atribuye a esos medios mayor eficacia de la que su propia experiencia justifica, es un impostor.

Lavater.

IMPORTANTE ENTREVISTA

El Conde Hermann Keyserling,

filósofo y viajero, autor de «Renacimiento», «Norteamérica libertada» y otros famosos trabajos, ha concedido la siguiente entrevista a Alfredo Hesseltein.

¿Qué hay del futuro? ¿Será posible levantar el velo y ver qué es lo que viene?

El Conde Keyserling, gran filósofo, piensa que el velo puede ser levantado. En su casa de Darmstadt, Alemania, él me dijo:

—El mundo, tal como lo veo, en el futuro será muy diferente del que hoy tenemos. Actualmente se está desarrollando en el hombre una gran aversión a ser gobernado por un tonto o por un grupo de tontos. Cada día se afirma más el convencimiento de que las instituciones parlamentarias, tal como existen hoy, lo único que hacen es afirmar esta tendencia. Todos estamos viendo que los diputados de los parlamentos, quienes en una época menos compleja que la actual podían abordar y hasta resolver con éxito los más de los problemas que se les proponían, son ahora los últimos en quienes podemos confiar la solución de cuestiones que solamente especialistas muy avanzados pueden manejar. Creo que el porvenir verá la muerte de la mayor parte de los parlamentos. De cualquier modo que sea, si alguno debe forzosamente existir, será enormemente diferente del primero que la Gran Bretaña puso en boga.

Esta tendencia ya es visible hoy día. Algunos países están viviendo sin instituciones parlamentarias, y otros tienden cada vez más a dividir el trabajo que hasta aquí había sido manejado por sólo diputados.

Así, en Alemania, hemos principiado a confiar el trabajo nacional importante a gente inteligente que no depende del voto para mantener sus posiciones oficiales en el país. Soy de opinión que especialistas como los nuestros irán siendo gradualmente puestos a manejar todos los asuntos importantes en cada parlamento del futuro, y que estas instituciones serán las únicas que queden como instituciones venerables.

Como resultado necesario de este cambio drástico, yo preveo gobiernos de aristocracias. No aristocracias en el sentido actual de la palabra, sino en el sentido ideal, esto es, lo mejor del país en cultura y cerebro. Hombres que no sean estorbados y restringidos por postulados de partidos ni «directivas».

No creo que la utópica idea de los Estados Unidos de Europa llegue a materializarse, porque esto se opone por naturaleza al individualismo que caracteriza a cada país de nuestro continente. Sé que los Estados Unidos de Norte América demuestran que tal federación es posible; pero su civilización es muy diferente de la nuestra. Los Estados Unidos son altamente colectivos y cada nación de Europa es fuertemente individualista. No veo cómo tal federación pudiera hacerse, al menos que los Soviets llegasen a constituir un peligro para nuestro continente. Entonces sí podría realizarse.

Sin embargo, una federación económica de Europa es cosa muy diferente, y creo que el principio que la respalda encontrará aplicación en la Europa del mañana.

Muchas «ententes» económicas regionales se formarán, y la creación de estos grupos económicos probarán ser muy útiles para combatir el «dumping» con que Rusia trata de minar nuestros mercados. El «dumping» ruso es en realidad una bendición disfrada.

zada, porque sin duda expeditará la cooperación económica en los otros países de Europa. La Rusia del mañana no será soviética, en el sentido de que la tiranía presente habrá dado paso para entonces a otra forma de gobierno de minoría que será mejor para todos y por todo. Rusia no podrá ser nunca un país democrático. Hay cierto misticismo en el carácter ruso que se opone a toda forma de democracia. La forma de gobierno no ha cambiado tanto en Rusia como nosotros los europeos nos inclinamos a creer. Rusia siempre ha tenido un gobierno de minoría. Antes de la revolución era el Zar, y ahora los bolcheviques han tomado su lugar. Mirando treinta años adelante, veo una Rusia en la cual los campesinos constituirán una arrolladora mayoría. Las minas y los bosques permanecerán nacionalizados, y todo el país estará gobernado siguiendo líneas sindicalistas. Si el país vuelve a la monarquía o llega a ser una república, es cosa que no puede afirmarse mientras estos principios básicos permanezcan inalterables. Aun hoy puede decirse que el bolchevismo está condenado a muerte porque la juventud rusa ya no puede entender más su ideología. Cuando los grandes terratenientes dominaban, era fácil hablar de guerra de clases; pero ahora que todos son de una clase igual, la guerra ha perdido su significado. Si la juventud rusa tiene actualmente un ideal aparte del existente, es el ideal americano de alto «standard» de vida. Están irremediamente cansados y hastiados de una existencia de pobreza abyecta y necesidad. El bolchevismo desaparecerá en su forma presente tan pronto como sus líderes actuales no lo sean más.

De la otra revolución que ha tomado cuerpo en Europa, la fascista, me contentaré con decir que ha

venido a quedarse. No hay nada nuevo en el fascismo, y si estudiamos la historia de Italia encontramos muchos fenómenos basados en la misma idiosincracia. Entre la Italia de Rienzi y los Condottieri y la de Benito Mussolini, hay muchos puntos de contacto.

El futuro de Inglaterra es muy grave. Francamente, no veo salida, al menos que un cambio muy radical se opere en los métodos británicos. Solamente tengo la esperanza de que Inglaterra, gracias a su modo inteligente de desembrollarlo todo, resolverá el más difícil problema que hasta hoy ha tenido en frente.

Francia, gracias a su bien organizada economía, es quizá el país cuyo futuro presenta el mejor prospecto.

En cuanto a Alemania, está en una posición imposible, a consecuencia de la guerra; y ahora que ya no puede conseguir prestado dinero de los Estados Unidos, su condición es aguda.

(Del *Diario de Costa Rica*.)



Un escritor que llegará, si se propone, a grandes alturas

El *Diario de Costa Rica* tiene un redactor cuyo nombre no suena todavía en el país, no obstante que día a día escribe un pequeño notable artículo. La culpa de no sonar es suya, no firma. Me refiero a *Abelardo Bonilla* y a sus comentarios «al margen del cable.» Si dijera que me gustan todos esos comentarios, mentiría. A veces es patente la precipitación con que han sido escritos. Con frecuencia noto además en ellos un fondo de pesimismo o desazón, que me contrarían. Copio en seguida el artículo publicado el domingo 4 de setiembre. Pero antes repetiré una pregunta que ya he hecho varias veces: ¿Qué se tiene esta juventud nuestra, la mejor generalmente, que no firma sus producciones? ¿Timidez o modestia? Evidentemente nó. ¿Qué se tiene?

Al Margen del Noticiero Cablegráfico

UN PUNTO DE PARTIDA PARA LA CIENCIA

El eclipse total de sol del martes último ocurrió pocos segundos después del tiempo previamente calculado, afirman los hombres de ciencia que observaron el fenómeno desde los estados de Nueva Inglaterra y Canadá. Es probable que esta observación no sea siquiera una verdad científica, pero es, en todo caso, una fuente de estudio, quizá el punto de partida hacia una nueva concepción del cálculo. El proceso científico se basa en una serie de rectificaciones, de revisiones sucesivas, de sustituciones de leyes y de hipótesis por otras que el análisis ha hecho suponer más exactas, o más cercanas a la verdad objetiva. Estudiando el eclipse de sol de mayo de 1929, los astrónomos alemanes von Klüber y Freundlich

dedujeron que la desviación de los rayos luminosos, en el campo de gravedad del sol, es de $2'' 24$ y no de $1'' 7$. Esto, de comprobarse científicamente, vendría a ser una revisión de la teoría einsteniana que unifica los cálculos de gravitación y electromagnetismo, como esta última teoría fue a su vez, o quizo serlo al menos, una rectificación de la de Newton. A veces, una observación no lleva a otra cosa que a conclusiones perfectamente deslindadas del objetivo principal. A veces lleva a resultados admirables, como en el caso de Le Verrier, a quien el cálculo sobre ciertas perturbaciones en el curso de la órbita de Urano, lo llevó al descubrimiento de Neptuno.

La observación respecto del último eclipse, aparte el interés de los centenares de hombres de ciencia que concurrieron a estudiarlo, constituye un punto de partida casual, como tantos otros de que se han derivado trascendentales descubrimientos científicos. A propósito de esto, Charles Nicole, profesor del Colegio de Francia y laureado del Premio Nobel, nos dice: «El genio no sabría crear de la nada, le hace falta una sustancia por mínima que sea, un punto de partida, la ocasión. Según los casos, el papel de las circunstancias se reduce a este insignificante aporte, o bien es de tal proporción que se podría decir que el azar colabora en la obra científica». Dada la circunstancia del azar, es decir, un fenómeno determinado, una observación, un hecho cualquiera generalmente inesperado, se inicia la labor científica. Ya en ésta, los métodos son siempre los mismos: la concatenación lógica de las leyes, la deducción y el análisis. Claro es que los efectos inmediatos pueden ser muy diversos. Una razón matemática, si cabe esta expresión, procede lentamente, sobre seguridades absolutas, como en el caso de un Leibnitz, de un Hegel, de un Gay Lussac. Una intuición profunda, en cambio, puede alcanzar resultados más rápidos, como en el caso de un Maxwell, de un Newton, de un Einstein. Otro sabio francés, Charles Richet, nos dice: «Yo atribuyo al azar un gran papel, pero debemos reconocer que el azar debe ser auxiliado por la perseverancia.»

Pero es necesario deslindar perfectamente el azar del procedimiento científico, base del progreso material del mundo y actividad la más noble y elevada del espíritu humano. Cuando el mundo se agita en el maremagnum de la post guerra; cuando se debaten las tendencias políticas y sociales más opuestas; cuando la estructura de la economía liberal enseña las fallas hondas que le han inferido los vicios del capitalismo;

cuando el arte mismo se debate en un ambiente de incertidumbre, sin saber ciertamente a dónde va, sólo la ciencia se mantiene en tierra firme, sin perder sus rumbos, sin desquiciarse en lo mínimo, apartando siempre los escollos que la separan de la verdad final, luchando tenazmente por ella, sin alcanzarla nunca porque en esto está la clave y la condición de su virtualidad. Sólo la ciencia ofrece refugio seguro y albergue digno a la sed y actividad de los grandes espíritus.

DECLARACION

En vista de ciertas publicaciones relativas a las próximas elecciones municipales, he llegado a comprender que debo manifestar lo siguiente:

Nunca, ni aun cuando era joven, he deseado formar parte de corporaciones públicas. Mucho menos lo deseo hoy que soy viejo y que tengo la dura experiencia hecha en el seno de las corporaciones a donde en otro tiempo me llevaron las circunstancias.

A nadie he prometido aceptar las funciones de munícipe si para ese cargo fuera nombrado, y entre mis deberes no cuento el de servir cargos públicos de ninguna especie. Estoy ya por mi edad a cubierto de todo cargo concejil.

Mis buenos vecinos saben que como mero ciudadano, estoy siempre dispuesto a sacrificar mi tranquilidad en defensa de la libertad y el derecho. Esto me basta en el fuero de la consciencia.

Alfonso Jiménez.

San José, 8 de Setiembre de 1932.

REPORTAJES

Del «Diario de Costa Rica» de 28 de Agosto de 1932

Ayer pudimos obtener una entrevista con don Elías Jiménez en su botica. Nos recibe cortésmente y, sin dilaciones, le preguntamos: Don Elías, ¿Leyó Ud. un artículo que publicámos el miércoles pasado y que se refiere a la definición que del Fascismo ha escrito el actual Jefe de Estado de Italia, Benito Mussolini, a instancias de los editores de una enciclopedia?

Sonríe don Elías y nos dice:

—No voy a responder a su pregunta. Tengo que reprimirme y contenerme, para no desbordar. La propaganda de las ideas sociales que juzgo mejores, nada gana si menciono en alguna forma a Mussolini. La mención que hiciera yo heriría en cambio el nacionalismo de una multitud de personas que me son muy simpáticas.

Si Ud. conoce el papel que hoy hace Mussolini en Italia, tiene que comprender mi silencio. Hasta las asambleas de intelectuales del valor de Marconi, comienzan sus sesiones con un saludo elogioso al eximio Jefe del Gobierno.

Yo no quiero comentar ese artículo de Mussolini escrito para la Enciclopedia Italiana. Es una sarta de oraciones de forma brillante y de fondo oscuro e indescifrable. Así escriben los locos de genio. Analícelo Ud. Entresaque los conceptos fundamentales:

«El Estado es la consciencia y voluntad del

hombre en su existencia histórica.» ¿Lo entiende Ud? «Si Ud. no me entiende, yo me entiendo», replicará talvez Mussolini.

«*Fuera del Estado no existe nada humano ni espiritual, ni nada tiene valor alguno.*» En la vida de Henry David Thoreau (el inspirador de Gandhi), a orillas del lago Walden Pond, hace 87 años, no EXISTIO, por consiguiente, nada de humano ni de espiritual.

No siempre es oscuro el pensamiento de Mussolini. A veces es tan claro como odioso. Ejemplo: «*Sólo la guerra lleva a su máxima tensión las energías humanas y da a los pueblos el sello de nobleza que los reivindica.*» Otras, es claro pero contradictorio: «*El fascismo reafirma el Estado como la verdadera realidad del individuo. Trata de rehacer no solamente los moldes de la vida humana, sino su contenido: el hombre, su carácter y su fe.*»

Otras veces, en fin, Mussolini con un aplomo sin igual, se limita a repetir, pero AL REVES, algo que se le ha estado diciendo. Por ejemplo: se le ha dicho que la libertad es un atributo del hombre real y no del fanteoche abstracto que se imagina el fascismo, y entonces pone Mussolini en la Enciclopedia: «*Y si la libertad debe ser el atributo del hombre real y no del fanteoche abstracto en que pensaba el liberalismo individualista, etc.*»

En este momento, entra un repartidor de anuncios teatrales y da una hoja a don Elías. Lee él rápidamente y se le suben los colores. «Mire, exclama, si lo que aquí se afirma es cierto, ¿qué pitos toca el señor Censor del Teatro Nacional?» Lee en voz alta: «En esta comedia flageladora, se ponen al desnudo los egoísmos de la sociedad contemporánea

y se evidencia que en la vida no alcanza el triunfo el mejor, sino el más listo y despreocupado.» Prosigue don Elías, olvidado de Mussolini: «¿Qué concepto de la inmoralidad tendrá el Estado? Para mí, es inmoral lo nocivo y falso. Las desnudeces y los cuadros de lujuria no son falsos y no son tan nocivos como esa afirmación de que en la vida no triunfan los mejores. El triunfo en la vida no es muy fácil de apreciar; pero cuando se le aprecia completamente, se encuentra que siempre triunfan los mejores y que los mejores son los más inteligentes. Lo que es a mí, cuando por atavismo miro hacia arriba, hacia el cielo, sólo una oración me viene a los labios, la de Benavente:

«Dios mío, dejad que los malos hagan cuantas maldades quieran, pero volvedlos inteligentes, que así dejarán de ser malos.»

Del «Diario de Costa Rica», 4 de Setiembre de 1932

Detrás del mostrador no vemos la marfilina figura de don Elías Jiménez. Nos dijeron que no estaba. Luego, inopinadamente, surgió de la botica. Vamos a molestarle. Vamos a quitar a su trabajo un tiempo que él necesita. Vamos a hacer que piense, diga, nos exponga sus puntos de vista. Es preciso hacerlo. Vaya el mal causado, por el bien de lo que se aprende. Almoneda de ganancia para el repórter.

—Sus puntos de vista en tres asuntos de interés. Antes de oír nuestra disculpa nos tiende la mano. No es preciso oíjearle. De tiempo atrás su figura está en la retina. La misma palidez. Es una palidez intensa. Dentro de la penumbra olorosa a farmaco-

pea que nos envuelve, el blancor de su palidez resalta como si de la zambra surgieran las facciones de un greco. Viste de negro. Es también un negro intenso. La indumentaria es un aguafuerte.

—¿Una ley impide, don Elías, la entrada de artículos farmacéuticos que carezcan de la...

No nos deja terminar la interrogación. Inclina levemente la cabeza y sonríe. Hay una piedad enorme en esta sonrisa ascética. La figura del maestro, bajo la gorrilla, se inunda de humildad.

—No quisiera opinar sobre este asunto. No quiero lastimar a nadie, ¿comprende?

El repórter esquivo el trance. Varía la conversación con un nuevo tema, que deja caer sobre el cristal del mostrador.

—Dijo usted que así como los clásicos traducían del griego para verter al latín, en traducciones profundas, así debiéramos hacer con la lengua francesa por tener ambas, la griega y la francesa, sentido de la medida.

Oye la pregunta y por un instante hay un chispazo de alegría tras de las antiparras.

—Sí. Dije eso, más o menos. ¿Ha visto usted la contestación en el *Repertorio*? El que combate lo que dije erró.

Don Elías sonríe imperceptiblemente. Don Elías siempre ha sonreído, imperceptiblemente:

—Dije que los clásicos tomaban la literatura griega, por ser rica. Estudiábanla. Traducíanla. El objeto era verter de una fuente, rica en matices, a otra fuente, en la que había que dar a la forma la riqueza del original. La lengua griega tiene lo que se llama en prosodia el sentido de la medida. Igual le ocurre a la española. Igual a la francesa. Si hablásemos francés, hubiera recomendado la lengua de España. Hablamos

español y recomiendo la francesa. El periodista me combate y trae a cuento varios heroicos espartanos y algunos personajes de la Revolución, escritores, oradores... Dije que los franceses tienen y han tenido el don de la medida, en sus *expresiones* literarias y artísticas, se entendía. Fue...

Se detiene. Dentro de la suavidad del maestro, el vocablo se le resiste. El repórter, ante la congoja, lo ayuda:

—¿Un resbalón?

No dice que sí, pero afirma con la cabeza. Hay una pausa que él aprovecha para resumir en una forma clara y concisa su pensamiento. Lo oímos. Palabra por palabra, vamos estudiando lo que dice. Las palabras, que salen lentas pero sin tropiezos, van marcando el pensamiento completo hasta el final. Mientras explica de nuevo, en movimientos suaves se acompaña de una mímica blanca. El color de la mímica lo marca la extremada transparencia de sus manos.

—¿Y de la moral en el teatro, don Elías?

—No, este es asunto que no puede tratarse a la ligera. Tiene muchas fases. Hay que estudiar el punto desde distintos ángulos. Otro día, con tiempo, meditando un poco...

—Si usted me dice algo, a la ligera, me resultaría a mí, como si lo dijese meditando un poco...

—El comentarista que citó mis palabras relativas al Teatro Nacional parecía afirmar que yo había visto la obra que se anunciaba. Yo no he visto la obra a la cual me referí. Trajeron un programa. Lo leí. Decía que el triunfo era del audaz, no del recto. Me pareció inmoral. Esto no es nuevo. También otra vez dije algo así.

—¿No recuerda?

—Sí. Estrenaban una obra de Benavente: «El hijo

de Polichinela». Lo admiro mucho, a Benavente, ¿sabe usted?, pero yo profundamente materialista, no creo sin embargo, que la herencia sea todo. El hombre puede hacer de sí algo. Pensar en lo contrario es desconocer que el hombre puede hacer de la idea de libertad una *idea-fuerza*, una determinante de la conducta. Creo en los principios. La línea recta, rectísima, conduce más allá de lo que conduce la que se moldea a todas las conveniencias. Un cambio de posición económica no es un triunfo. Es un cambio. Y todo lo que presenta argumentos contra la rectitud de los principios, me parece inmoral. Entonces, cuando la obra de Benavente, las máximas y las deducciones de la pieza falsearon los conceptos de varios muchachos que veían la obra conmigo; tuve que hablarles para volver a reafirmar lo que ellos sabían. Lo que debían saber toda la vida.

Punto por punto, fuimos aprobando todas las palabras. En el fondo de la disertación, hay una verdad tremenda. Una verdad que no se falsea ni se echa por el suelo. Las palabras, los pensamientos de don Elías no son teorías más o menos aplicadas a la vida. Son vida hecha teorías. Son, en suma, experiencia.

Se aventura el repórter. Unas ganas horribles de aprobar le obligan a lucubrar sobre el tema:

—Razón tiene usted y mucha. Razón porque se ha desteñido el concepto de la palabra para orientar este valor intrínseco por senderos distintos, no opuestos, pero sí extraños. Nos falsea la vida misma, don Elías, con su ropaje. La ambición es cosa humana y clave de todas las debilidades...

Comprende el repórter, de pronto, que se está poniendo pseudo-trascendental. Detiene la charla. Mientras habló, don Elías escuchaba atento. Parece que pensaba en las palabras oídas.

—Si yo doy lo que ofrezco, aquí, tras este mostrador, como comerciante, no es por otra cosa, que por el deseo de seguir la línea trazada. Engañando puede que se llegue lejos, pero más lejos se llega sin engañar, con un ritmo interno sujeto a principios inquebrantables. Eso debe enseñarse, no lo otro.

Enmudece. Todo lo ha dicho sin levantar la voz, claro, conciso, derechamente yendo al tema. Hay en sus palabras entrelazada con ellas una sonrisa siempre imperceptible. Por encima del mostrador nos tiende la mano. Se escurre entre las nuestras. Dice que sí cuando requerimos su perdón por haberle molestado.

—No es tema para el periódico. Ha sido solamente una charla. No diga nada. No hable usted. Nos suplica. Pero no sería posible hacerle caso. La disculpa la recibe con su misma bondad y se queda cortado como un chiquillo, temeroso de haber roto la norma de su vida. La norma de su vida, que es la misma penumbra de la botica, sobre cuya sombra emerge la pálida figura del maestro como si colgara en la pared el frío contraste de un grieco.

J. M. C.



Con F. Borges, el más viejo quizá de nuestros periodistas.

El Sr. Borges se destaca entre los reporteros por su jovial llaneza.

—¡Hola, viejo, qué tal?... Ya lo ves, te hice salir. Le dije al joven empleado que no venía yo por razones periodísticas, que iba a hablarte de una bronquitis crónica, consecuencia del fumar crónico, etc. Bueno, ¿has leído LA TRIBUNA de hoy? ¿Qué te parecen el reportaje de Monseñor Volio y el del Sr. Presidente de la República?

—Hombre, Figaro, estaba leyendo su periódico cuando me llamaron a otra cosa. De manera que me quedé con los pedazos de la primera página, nada más. Leí con orgullo la mención que hace de mí Monseñor Volio y si me suelta Ud. voy a terminar.

—Corre, porque tienes que decir algo acerca del problema del comunismo en Costa Rica.

—¿Sí? Pues aguardará en vano. Tengo mis manías, o chocheces, si gusta, pero... no son iguales todas las mañanas.

—Ya caigo, ahora habría que preguntarte por TOPACIO para darte cuerda.

—¿Acaso he mentado alguna vez esa pieza? ¿Cómo habría podido hacerlo si apenas la leí anoche?

—Magnífico! ¿Y qué resultó?

¿Es moral o inmoral?

—Una obra no puede ser juzgada después de una lectura a la ligera. Pero, hecha esta salvedad, voy a confiarle mis impresiones. TOPACIO es una comedia divertida, sobre todo en el primer acto. Hay en ella bastantes chispazos de ingenio... y bastantes irrealidades, como que el autor no carece de cabeza, pero carece de experiencia. No hay lucha entre buenos y malos. Todos los personajes son malos. Triunfa—contra los deseos del autor—el más inteligente de todos, que es también—huelga decirlo—el mejor de todos. Esta falta de bondad es la irrealidad sustancial de la comedia. El mundo de los hombres no podría existir si la mayoría no la formaran los honrados. La segunda irrealidad de la pieza la constituye la idea que se propone dar del dinero. Con talento se hace dinero, pero con dinero no se hace talento, ni belleza ni vigor. El dinero añade fuerza a la verdadera fuerza, en el mejor de los casos; pero, solo, no basta a procurar ninguna felicidad.

—Convencido, dáme lo que te sobre y dime, en fin, si TOPACIO es o nó inmoral.

—¡Vaya! Lo que se construye sin cimientos no puede llegar muy arriba. Talvez algún muchacho de 18 años salga del Teatro Nacional imaginándose que el oro lo hace todo. Mas no se asome ni por el ojo de la cerradura a la casa del rico; que si se asoma verá que la tragedia humana tiene ahí también su escenario, en virtud de las mismas causas que actúan en la casa del pobre.

De *La Tribuna* de 14 de Setiembre de 1932.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos: lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres oscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una claridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal: lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Amado Nervo

Del «Diario de Costa Rica», 17 de Setiembre de 1932

Hay días en que todas las gargantas del cielo se abren de improviso. Hay días en que los paraguas son pobres artefactos carentes de prestigio. Hay días en que la lluvia, inclinada por el viento, azota con furia a los pobres peatones y se ensaña en el repórter, máxima corporización del peatón sin

paliativos, hombre-zapatos, sér sin importancia, cuya misión es acomodarse a los más antípodas asuntos, acariciándolos todos, encariñándose con todos, fiel a la consigna de caminar siempre. El repórter viejo no muere de derrames cerebrales. Muere de varicelas.

Buscando un refugio dimos en una Botica. Hay quienes sostienen que las boticas se vulgarizan con el surtido que tienen, pero hay quien discute el tema y enaltece con sapientes razones el polo opuesto. Detrás del mostrador de la Botica está don Elías Jiménez.

—¿Ha visto Ud., don Elías, la inscripción electoral del comunismo?

Cuando don Elías sospecha que se le hace una pregunta con miras periodísticas, se arruga.

Se encoge, se empequeñece. Ante la negativa, el repórter insinúa otra. Y luégo, otra. Termina por hacerse contestar.

—No quiero hablar sobre este punto porque no podría ser original. Vengo hablando de estos asuntos desde hace mucho tiempo. Sí, no se ría, señor repórter. Mis palabras son siempre las mismas, Si Ud. me estudia desde algunos años a esta parte, se encuentra con que mis ideas de muchacho, de hombre maduro y de los últimos tiempos son siempre las mismas, repetidas en varios tonos, con distintas formas. Varió el espejo, pero yo no. Mi línea de conducta individualista, mi liberalismo no es un cambio posterior. Fue línea desde muchacho y en ella estoy. Yo era individualista inconscientemente, aun en aquel tiempo en que seguía con admiración a Jaurés.

—Si es usted individualista, no será bajo ningún concepto apoyador del comunismo.

—Soy liberal, es decir, estoy a un grado de la anarquía. Los demagogos de mi doctrina entran de

llo en la anarquía, y por el aspecto de esa anarquía en mis demagogos, los burgueses creen que comunismo y anarquía tienen ribetes, ropajes parecidos, pergeño igual. Se equivocan. Veo que el Presidente de la República espera que el partido prospere o sucumba por sus propias fuerzas. No. Eso es hacer gobierno de mayoría y don Ricardo no ha hecho y sabe que no debe hacerse gobierno de mayoría. La minoría debe orientar e imponerse, porque la minoría es pensante. Para dejar que la mayoría opine, no hace falta gobernante. El que gobierna manda, impone, encarrila. No se sujeta a resultados, sino que marca el camino para llegar a la meta que desee.

Yo no soy comunista porque el comunismo mata la iniciativa particular, convierte al hombre en un tornillo, anula sus facultades de personalidad. Son todos los obreros órganos de una palabra hueca, dependen de un engranaje que emocionalmente no les dice nada. Ellos mismos llegan a convencerse de que trabajan para una entidad abstracta que carece de ideales y que les robó la esperanza. Mi doctrina es precisamente el aislamiento dentro de la sociedad: *la mayor diferenciación, para la mayor solidaridad.*

—Sin embargo, —dice el repórter— en Rusia el plan quinquenal es un resultado de cooperación.

—En Rusia se están desengañando, señor repórter. Así como lo oye Ud. Se están desengañando. Tenía que venir el desengaño porque partieron de un principio falso: la igualdad de capacidades humanas. Somos completamente diferentes, corporal e intelectualmente. Anularon la personalidad y formaron el rebaño trabajador, mecánico, en que el hombre se convierte en una pieza de una máquina sin jerarquía. Con el tiempo han llegado a convencerse de que

en toda esta marcha existe una dificultad máxima y han tenido que volver otra vez a efectuar jerarquías, para no matar definitivamente la esperanza y para dejar un resquicio por el que respire la iniciativa particular, palanca en la que se apoyó la humanidad para caminar, o tropezar si quiere, pero caminar al fin y al cabo. En Costa Rica el fenómeno este, quizá no lo conocen y no lo adivinan. Para los burgueses, el comunismo es una lucha hostil, violenta contra el capital, una repartición, una forma absurda que viene a romper los moldes. Se explica que tengan esa idea por los demagogos que impulsan con violencia las ideas, para obtener un mayor resultado. Por eso les huele a desorden y frenesí, pero de ello no hay nada, porque el comunismo es trabajo y organización. Sus resultados los dudo y creo que con el tiempo la humanidad lo comprenderá así por las razones que ya dije. Sí me extraña que el Secretario de Gobernación diga que es preciso inscribir la papeleta para ver qué es el comunismo.

—¿Y le extraña por...?

—¿Pero es que no sabe lo que es el comunismo? ¿Es que acaso no ha leído *El Capital*? ¿Es que acaso no se han enterado de este viejo libro...?

Don Elías desaparece en el interior de la Botica y a poco vuelve con un tomo voluminoso en las manos. El repórter no entiende. Está en francés.

—Este extraño tratado, que lo leí siendo muchacho, es viejo. Además, es más voluminoso que el de Carlos Marx. Este tiene 60 tomos. ¿Quiere Ud. leerlo?

Un repórter no puede leer un libro que tiene 60 tomos. La vida del periódico roba todos los instantes, no deja un momento para pensar en cosas abstractas y en divagaciones más o menos afectadoras

de la humanidad. Por eso el repórter niega suavemente, cobijada su negativa en la sonrisa del maestro. Inopinadamente salta a la vista, como si se fuera corporizando, aquél filósofo de Paul Bourget que se leyó furiosamente en Francia cuando la novelas aun no habíanse tocado del tráfago veloz de la ciudad, de la vida, del mecanismo.

—Mi manera de pensar la vengo exponiendo en varios años de labor. Si usted lee *Renovación, Eos, Reproducción, Apuntes*, encuentra en todos estos folletos un mismo pensamiento. Yo fui un muchacho aplaudidor de Ibsen. Le cito a Ibsen porque Ud. es un hombre de letras y de escena, a lo que entiendo. Mi individualismo no es de ayer, es de mucho antes. Comprendo, sin embargo, la renovación de ideas, pero no creo que las que ahora tanto preocupan al mundo en cuanto a una básica modificación en el sistema económico adoptado, pueda dar resultados halagüeños. Los señores colectivistas creen haberlo dicho todo cuando han dicho cómo debe distribuirse el trabajo y cómo debe distribuirse la riqueza. Aun admitiendo que sus fórmulas de distribución sean acertadas, ¿quién no comprende que lo principal no es distribuir sino crear o *producir*? Por mi parte, sea lo que sea, seguiré trabajando cuando quiera, comiendo a la hora que desee, marcando los precios que me parezcan.

—¿Sin embargo, no es Ud. partidario del capitalismo?

—El régimen capitalista se ha desfigurado, amigo. Romper el régimen capitalista es romper el derecho de propiedad privada. Yo tengo derecho y todos tienen derecho de trabajar para obtener. Obtener para guardar. Guardar para repartir. Lo que pasa es que los Sindicatos, los Trusts, las Asociaciones han ve-

nido a dar al traste con la idea primordial de propiedad privada. Se unen los poderosos, no para defender su libertad, sino para estrangular la de los pequeños.

Al repórter le es imposible reconstruir la palabra con exactitud. Los temas son escabrosos y la materia difícil. Oyó y aprendió. Después de aprender, lo cuenta. ¿Hubo errores? Quizá. Y muchos. Después del rato de charla, no cansa más a don Elías. Un intenso olor se esparce por todo el establecimiento. ¿Amoníaco? ¿Qué diablos? El olfato de un repórter no es olfato entendido en farmacopea. Se despide. Lluve torrencialmente. Y ante la lluvia, el hombre-zapatos, abre el escaso prestigio de un paraguas y se marcha agobiado de ideas y agobiado de agua.

J. M. C.

—•••—

Del «Diario de Costa Rica» de 24 de setiembre

Declara un escritor español, cuyo nombre no viene al caso, humorista, amigo de la pirueta literaria y hombre dado al cultivo de la paradoja, que Dios se haría partidario de la tiranía absoluta exigiendo solamente un poco de talento en el supremo dueño del poder. Dábamole vuelta en la cabeza a esto de la imposición personal, y pensábamos también de paso en las declaraciones que el Duce, hombre fabricante de pueblos, había hecho, siendo reproducidas por el «Diario», cuando hizo la casualidad que nos encontráramos, despertando de tan sapiente cavilar, en los alrededores de la Botica de don Elías Jiménez. Hemos sido siempre enemigos particulares de la farmacopea, pero amigos de hablar de cosas abstractas en que más se discuta el poder del espí-

ritu que el hacer de la parte física de esta descarriada y vacilante humanidad. Por eso indagamos por el buen amigo que siempre tiene una misma sonrisa, una misma mano y un mismo gesto. Ha sido preciso esperar porque don Elías está ocupado. Causa extrañeza, él, que habla de problemas hondos, verlo comparar precios sobre un catálogo de artículos de perfumería. Tiene el repórter tiempo para una buena y honda pensada y cuando se prepara, es don Elías quien adelanta la disculpa:

—Dispense que no le haya hecho pasar adelante inmediatamente. Estaba con el señor Lang, representante viajero de la casa «Flora». ¡Qué magnífica persona! Aseguro a usted que la clase de los agentes y representantes comerciales es una de las más interesantes del hormiguero humano. ¡Han visto tanto! ¡Saben tanto! Y pensar—continuó don Elías—que entran y salen del país o trabajan permanentemente en él, sin que la gente sospeche la obra de cultura que realizan. Ellos tampoco la sospechan. Viajan como los insectos, por móviles personales, y fecundan lo que es fecundable, ahí por donde pasan. De labios del señor Lang acabo de oír la más fresca reseña de la actualidad europea y sudamericana. ¡Pobre Sud América con sus economistas reformadores! Cuando hablan de importación y de exportación, creen que todo es café, algodón, salitre. Se les olvida que hay otros artículos más importantes pero sin nombre en los aranceles. Para ellos la situación de un país está arreglada cuando la importación es igual o menor que la exportación. ¿Cómo se explican la bonanza de Suiza que importa más de lo que exporta?

Ha de confesar paladinamente el repórter que tampoco se lo explica y que está sospechando una verdad contundente en las palabras del maestro, so-

bre todo al pensar que ello no trae como consecuencia nada más que una desmedida en ciertas leyes arancelarias. Don Elías corta el pensar con su charla que enhebra a continuación.

—Y peor que esta manía de balancear las cosas más materiales, prescindiendo completamente de otras que no por ser invisibles para los tenedores de libros, pesan menos en la balanza de la vida nacional, peor, digo, es la insania proteccionista. Con perfecta lucidez exclama Mussolini: «Las industrias entecas que no sepan vivir sin aranceles encarecedores, que se marchen, que se cierren. Yo voy al campo y en el campo encontrará Italia su antigua grandeza».

La cita de Mussolini da pie al repórter que en forma tan elocuente venía pensando en picar a don Elías. Ha sido él quien trajo a la escena la figura del Duce. No es preciso lucubrar mucho para entrar de lleno en la conversación. La pregunta está cayéndose de los labios:

—¿Le gustó, don Elías, nuestra publicación de anteayer?

Comprende la intención de la pregunta y sonríe.

—Sí me gustó. Usted, señor repórter, no se esperaba tal respuesta. Confiéselo. Su pregunta era para picarme.

El repórter piensa que está en descubierto.

—Si supiera usted que frente a Mussolini no soy neutral y que me inclino más bien del lado de la admiración! Aunque se contradiga, es siempre un buen placer escuchar a un hombre de talento.

—Creo, don Elías, que no es defecto contradecirse. Es signo de reparo o de cambio de marcha, cuando ello no afecta principios incommovibles, sino opiniones modificables. ¿Es único el caso de Mussolini en la contradicción? ¿No ha habido otras?

—Sí que las ha habido y debemos reconocer que muchas son aparentes. Lo mejor del ideario de Mussolini es de Renán, según lo declara el mismo dictador, y Renán se contradecía en serio con mucha facilidad. Pero déjeme usted seguir con Mussolini. Dígame si no hay mucho de contradictorio en los ejemplos que siguen. Dice Mussolini que el orgulloso mote «Me ne frego», escrito sobre las vendas de una herida, no es solamente un acto de filosofía, sino que es el resumen de una doctrina y de una educación hacia el combate y la aceptación de los riesgos que implica. Y a renglón seguido agrega: «así el fascismo acepta, ama la vida, ignora el suicidio y lo juzga una vileza». Dice que el fascismo: «Rechaza el pacifismo que disimula una renuncia a la lucha y una vileza frente al sacrificio». «Sólo la guerra lleva a la más fuerte tensión todas las energías humanas y distingue con un sello de nobleza a los pueblos que han tenido la virtud de afrontarla». Y esto no obstante, interrogado después, el 18 de agosto, por un corresponsal del *New York American*, responde el Duce: «La experiencia de la vida no me permite creer en una paz internacional perpetua. Pero esta opinión no significa que yo no busque la paz. Muy al contrario, la deseo con todas mis fuerzas. Para obtener esta paz hay que desarmar, y es a esto a lo que procuro llegar. Si el mundo no se desarma, tendremos de nuevo la guerra, una guerra que hará desaparecer la civilización». Van dos contradicciones y aún me queda otra, señor repórter: Dice que «el siglo liberal», el xix, desató sobre el mundo la gran guerra; lo dice con absoluta ausencia de lógica, puesto que el individualismo, tal como él mismo lo define, es esencialmente pacifista, y lo dice después de hablar de hazañas de estadistas tan puros como

Bismarck «que nunca supo conocer la religión de la libertad ni de cuáles profetas se sirve».

—Sin embargo, me extraña y me seguirá extrañando que Ud. se incline, siendo individualista, a la admiración frente a un hombre como el Duce.

—Es muy sincera mi inclinación. Admiro a quien hace bien el papel que se le ha metido en la cabeza hacer. Mussolini es un hombre extraordinario, lo cual no quita que tenga flojos algunos tornillos. Entre ellos, el de la modestia, virtud que contiene al hombre en los límites de su estado. Los límites del estado de pensador son muy elásticos y permiten las más atrevidas correrías. No son así los límites del estado de gobernante. Un hombre juicioso, cuanto más tenazmente estudia, mejor percibe su ignorancia y se vuelve más recatado. ¿Cómo habría osado mandar o imponer cosas cuya bondad no está científicamente demostrada? Sabe bien que el número no puede dirigir las sociedades humanas, se ríe de las formas democráticas en uso, pero no por ello se convierte él en director providencial. Los liberales, sea el inglés Bentham, sea el alemán Humboldt, o el francés Julio Simón u otro tan pequeño como yo, todos afirmamos que, en punto a gobierno, la sabiduría está en gobernar lo mejor posible. Y el círculo de lo mejor es sumamente reducido. Yo sigo pensando que el liberalismo es la palabra definitiva e insuperable de la civilización. Lo digo así, en los mismos exagerados términos de que se sirve Mussolini.

El liberal es «egoísta» y pide a sus vecinos que ellos también lo sean: que cada uno procure elevar su mente y vivir la vida de mayor placidez posible; pero sin invadir la esfera de la libertad de los demás. El colectivista es un ángel con cuernos; no habla más que de abnegación y de sacrificio en bien

de la comunidad, pero tiene hipertrofiado su yo; no sabe de limitaciones y con dulces voces invita a todos a soportar una hinchazón personal que se desborda en perjuicio de la libertad de todos.

J. M. C.

Diario de Costa Rica. 24 de setiembre.

Ya observaba Comte, para mostrar cómo en cuestiones de intelectualidad, de moralidad, de sentimiento, sería insensato pretender que la calidad sea en ningún caso sustituida por el número, que ni de la reunión de muchos espíritus vulgares se obtendrá jamás el equivalente de un cerebro de genio, ni de la acumulación de muchas virtudes mediocres el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo. Los romanos fueron más allá al decir: «Los senadores son buenas personas; pero el Senado es un animal malo». Y Montesquieu escribió: Parece que las cabezas se aplastaran cuando se juntan, y que ahí donde hay más sabios reunidos hubiera menos sabiduría.»

De «La Tribuna» de 28 de Setiembre

No, no soy reportero. Para serlo me faltan, voy a decirlo en términos físicos, me faltan tres *iones*, vocación, instrucción y dicción. Y me falta además lo principal: una enciclopedia. La mayor parte de los hombres somos planetas, estrellas errantes que reflejamos la luz de las enciclopedias. Provisto de una buena enciclopedia, yo también me atrevería a entrar en pláticas con el mismo Horacio. No soy reportero, ni me da el naípe para ello, y sin embargo he hecho este reportaje.

Me enviaron de *La Tribuna* a pedirle a don Elías Jiménez ciertas aclaraciones relativas a un trabajo de imprenta que él había encargado, y—¡aquí de la fuerza del destino!— mientras don Elías hacía sus anotaciones, caen mis miradas sobre un diccionario abierto de par en par sobre su escritorio. Yo leo: *La ocasión hace al ladrón; A la ocasión la pintan calva*, etc., y me digo: este es un aviso del cielo; hay que convertir en entrevista el humilde mandato y darle una sorpresa a mi Director. Traigo algo en la cabeza, ¡ánimo, pues!

—Don Elías, dice un refrán que la ocasión hace al ladrón. . . .

—¡Ese es un refrán bastante falso!, me replica con viveza, cortándome la frase. El honrado no peca ni en arca abierta. En ese refrán no debe verse más que el consejo de evitar cada cual las ocasiones que le sean peligrosas. Y el ser o no ser peligrosas depende precisamente del temperamento, de las inclinaciones de cada uno. . . . Perdone y siga Ud. su discurso.

—No es discurso; iba a decirle (continúo yo valiéndome de las expresiones del diccionario) que deseo *no perder la ocasión* de preguntarle si leyó Ud. el artículo que le dedica el Padre Valenciano, en el *Monitor Parroquial*, del domingo.

—Sí, lo he leído. No salgo tan mal librado como supuse cuando comencé a leerlo. La anécdota de la balanza no está transcrita con fidelidad; pero, aun así, como la cuenta el Padre, me hace gracia y la ratifico. El símbolo de la balanza dice más a mi espíritu que el de la cruz. En cuanto al fondo de la crítica que el señor Presbo. Valenciano endereza a una de mis recientes charlas, se nota claramente que

descansa en la confusión que él hace del liberalismo político con el liberalismo religioso—que convendría llamar más bien descreimiento. Hay eminentes economistas liberales que son católicos romanos: los más notables que conozco son jesuitas. E inversamente, hay liberales en materia de fe, que son antiliberales o estatistas en asuntos sociales, como el actual Presidente de Colombia. El Papa Pío XI habla como un perfecto liberal cuando dice: «Una concepción del Estado que hace del Estado un fin y que hace del ciudadano, del hombre, un medio al que monopoliza y absorbe, no puede ser la concepción católica». Yo no acierto a comprender cómo, a propósito de una conversación sobre comunismo, sale un sacerdote culto con aquello de «la historia liberal de Costa Rica desde 1884 hasta hoy, que es la historia de las minorías liberales, tiranizando al pueblo en mayoría inmensa, en sus derechos religiosos». De 1884 para acá, navega el país en las aguas puras del estatismo. En este lapso, no ha habido ningún gobierno liberal. Las minorías liberales no han poseído ningún poder público en Costa Rica y si lo hubieran poseído no habrían podido tiranizar. Liberalismo y tiranía son términos que se excluyen. El respeto a la dignidad humana constituye el fundamento ético de la idea liberal. De este respeto arrancan las ideas de tolerancia en religión y en toda suerte de cosas. La idea liberal opone el Estado de Derecho al Estado Gendarme. Nosotros no atribuimos al Estado un especial valor suprapersonal. «El Estado no es más que un medio para conseguir la mayor felicidad posible del mayor número posible de hombres». «Todo el mundo habrá de saber, o poder saber, fundado en las leyes, lo que es lícito o está prohibido, y nadie estará sometido a la arbitrariedad». Para el

liberal, las funciones de gobierno son necesariamente perjudiciales en la medida misma en que el programa de gobierno se amplifica. Reconociendo su ignorancia acerca de los grandes problemas sociales, el liberal sienta como principio la abstención gubernativa ahí donde sea posible la acción individual.

No vaya a imaginarse el lector que este reportero improvisado sea hábil o memorioso. Apenas vió don Elías que yo sacaba lápiz y papel y ponía cara de intelectual, perdió la naturalidad del primer momento, alzó la voz y se puso a dictarme, como a un muchacho de escuela, señalándome hasta los lugares en que debían ir las comillas. Cuando se detuvo, mirándome fijamente, con el ademán de quien va a cortar el diálogo, perdí el aplomo. Hubo una pausa penosa para mí. Por fin el Diabolo me sopló otro tema:

—En dos ocasiones casi seguidas, hace poco, ha hablado Ud. de Mussolini. Le aseguro, don Elías, que hay personas que quisieran ahora oír algo suyo respecto a Hitler.

—Pues tendrían que aguardarse un rato. Los dos personajes no son comparables: Mussolini está en escena desde hace muchos años; Hitler es nuevo, al menos para mí.

No dándome por satisfecho, insinúo suavemente una pregunta concreta:

—No piensa Ud. que la llegada de Hitler al poder, sería causa suficiente para la ruptura de la paz en Europa?

—No temo eso. Me parece que Hitler va rodeado de una multitud heterogénea, compuesta de descontentos, pero descontentos por razones diversas. A un caudillo así, no hay por qué temerle; no puede sostenerse. Pero, amigo, cuidado con resbalar.

--No resbalaremos, repuse, advertido de que mi mandado estaba resultando molesto. Le dí las gracias a don Elías, le tendí la mano y, caminando hacia la puerta, logré todavía sacarle un bonito final para el periódico y lo obtuve gracias a una necesidad manifiesta. Yo no sé, le dije, pero creo que para seducir a las gentes es preciso en todo caso, ser un grande hombre.

—Frecuentemente basta con ser un hombre grande, contestó don Elías. Si la definición de Emerson es verdadera, Hitler no es un grande hombre. «Grande hombre es quien, en medio de la muchedumbre, conserva con perfecta dulzura la independendencia de la soledad».

r. j. e.

Yo sé bien que en la América Latina priva todavía el criterio de la Tía Panchita y se llama liberal a quien no va a misa.

Diversas revistas acaban de celebrar el centenario de la llegada de Chopin a París. Tomamos los siguientes renglones de un artículo de Eduardo Herriot.

«En el orden del pensamiento, Chopin evoca no solamente el dolor; evoca también, si no la felicidad, al menos una serenidad al modo de Mozart o de Beethoven.

Se ha comparado a Chopin con Baudelaire. Lo que es yo, no acepto esta comparación. A mí se me parece a los grandes escritores con quienes estuvo en relaciones en el París de 1831 y de los años siguientes. Para mí, mientras haya hombres capaces de sentir cuanto hay a la vez de divino y de humano en la música, Federico Chopin, con sus *Nocurnos*, sus *Preludios*, y sus *Estudios*, nos aparecerá como el hermano espiritual de Alfredo de Musset, el inmortal lírico de las *Noches*.»

Sensacional noticia

New York, 18 de Agosto de 1932.—(Correo Aéreo)—La Agencia Havas ha recibido de Moscú el texto del decreto dado conjuntamente por el Tzik y el Sovnarkom, que autoriza a varios grupos privados de artesanos para producir y vender mercaderías en la forma capitalista.

Este decreto con el que se espera vencer la escasez de artículos manufacturados, constituye el paso más transcendental dado en todos los últimos años en Rusia hacia el renacimiento del beneficio privado, con lo cual se estimulará a la amplia clase de los productores hasta ahora llamados «carteles de cooperativas de artesanos» y que trabajaban exclusivamente para el Gobierno sobre la base de precios fijados en la forma más estricta y bajo la vigilancia oficial.

Por el decreto de hoy, se eliminan las restricciones, se reducen los impuestos y se permite comprar materias primas y vender productos terminados, en mercado abierto y en la forma que más pueda beneficiar al productor.

El Gobierno promete no intervenir en la forma en que los «carteles» disponen de sus capitales.

Se ordena a todos los funcionarios públicos del territorio de Rusia obedecer este decreto y alentar a los artesanos a aumentar su productividad.

Esta decisión de las autoridades soviéticas se inspira en el propósito de conseguir un mejoramiento de la producción, profundamente afectada por las trabas que obligan a trabajar por cuenta del Estado, a someterse a precios oficiales, a soportar una vigilancia estrecha y a abonar grandes impuestos. No pareció posible estimular las actividades bajo el régimen imperante hasta la fecha, y de ahí que un

cambio fundamental haya surgido como indispensable a los ojos de los gobernantes de Moscú.

La trascendencia que se atribuye al decreto parte del hecho de que Rusia vuelve poco a poco hacia la libertad comercial, condenada como régimen con el nombre de capitalismo y combatida acerbamente por los teóricos y los gobernantes que gestaron el movimiento operado en la actual república soviética. Las excelencias del sistema impuesto en su reemplazo, no se han visto en el terreno de los hechos y de ahí que, sea por concesiones, sea por cambios como el que se relaciona con las cooperativas agrarias, día por día se evolucione abiertamente para volver a lo que tanto se calificara como contrario a los derechos y a las aspiraciones de la sociedad humana.

El restablecimiento del beneficio privado, aunque sólo se conceda con relación a una clase de actividades y se concrete por ahora a las cooperativas cuyos frutos alcanzan a cuantos las integran, resultaba indispensable hasta ante los ojos de los mismos que lo condenaran doctrinariamente. La producción era a todas luces escasa, para satisfacer las necesidades generales. Carecía de estímulos, ya que las trabas para vender y la apreciación de los valores por el Estado, son factores que al anular la relación natural entre la oferta y la demanda conspiran contra la posibilidad de conseguir un beneficio suficiente, compensatorio de las energías empleadas y del interés puesto en su utilización.

La verdad de las leyes económicas se abre paso a pesar de las apariencias brillantes que tienen ciertas doctrinas cuando se las considera superficialmente. La experiencia que va recogiendo Rusia, dolorosa, llena de complicaciones y de sacrificios, no sólo de su propio pueblo sino también de aquellos otros que deben defenderse contra la intromisión ilegítima que

adopta como sistema en el campo de las relaciones internacionales, debiera bastar para que la verdad penetrara en todos los espíritus. El fracaso de la supresión del estímulo privado en cualquier orden de las producciones es inevitable. Sin un interés asentado en las necesidades propias o de los descendientes, el productor se limita, como se ha podido comprobar en Rusia, a realizar sólo un mínimo de labor. Las cooperativas agrícolas puestas frente a restricciones, a precios que no contemplan al productor directamente, cayeron en un marasmo que reclamó para ser corregido una rectificación completa del sistema bajo cuya influencia se formarían.

La vuelta a las libertades individuales, indicada en Rusia hace ya algunos años, sufre un impulso muy grande con el establecimiento del beneficio privado en las explotaciones rurales a cargo de las cooperativas. Los mercados abiertos, tanto para la compra de materia prima como para la venta de productos manufacturados, reemplazarán a los «cartells» cuya fiscalización gubernativa fue la causa de la disminución o del estancamiento de las producciones. El Soviet ha comprendido esto último y de ahí que el decreto a que nos referimos constituya para nosotros un nuevo reconocimiento de los principios económicos y jurídicos naturales, cuya violación se paga a muy alto precio.

Con toda impropiedad se afirma que Rusia ha dado un paso más hacia el capitalismo, palabra de origen sectario empleada para combatir la libertad de comerciar, de ejercer cualquier industria, y hasta los derechos inalienables de la personalidad humana. Nosotros no aceptamos esa terminología y sólo vemos en la resolución del gobierno ruso un principio de restablecimiento de aquellas libertades.

Del Boletín que publica
The National City Bank of New York:

Constituye un problema de grave trascendencia el que haya empeorado la cuestión arancelaria precisamente en momentos en que el comercio internacional se encuentra en condiciones tan desfavorables para resistir la carga que representa el alza de los aranceles, en una época en que se experimenta más agudamente que nunca la necesidad de dar puerta franca al comercio.

Las naciones y los diversos pueblos de la tierra tienen obligaciones recíprocas que implican la transferencia de mercaderías y cuando se obstruye el intercambio económico, se provocan la merma de las reservas metálicas, la depreciación monetaria y todas las perturbaciones consiguientes.

Teniendo en cuenta todos los progresos alcanzados en las facilidades de transporte, los medios de comunicación y el despacho de operaciones comerciales, es fuerza concluir que el descenso del comercio internacional a lo que era hace veinte años, se debe a la política económica adoptada en tiempos recientes.

Los partidarios de la suficiencia económica de cada país encontrarán en la situación actual una lección objetiva de los resultados a que conduce semejante política. Ha sufrido en todas partes el bienestar material de los pueblos; ha decaído el abastecimiento de productos de primera necesidad para la vida, y se ha prolongado la crisis.



Estos cuadernos se distribuyen
gratuitamente en la *Botica de La
Dolorosa*. No se evían por correo.



99356

IMPRESA ALSINA

Juan Arias R.